

Los pueblos frente al Imperio

Claves bíblicas para entender este conflicto

Resumen: Los imperios son una configuración de estructura de poder que tiene como fin someter y explotar a los pueblos. Ve a las personas sólo como un objeto de explotación y control, y a la creación como un depósito de recursos sin fin en su mano. Acumula poder económico, político y militar, y establece su hegemonía a través de su ideología y cultura, incluso reclamando adhesión (cuasi) religiosa. Por el contrario, la voluntad de Dios es crear un pueblo que sea capaz de expresar una comprensión diferente del sentido de la vida humana en su plenitud y diversidad y entienda la creación como el lugar para la "buena vida". Es decir, un "pueblo" (*'am; laos; populum*). En la visión bíblica del pueblo como bendición (Gén 12:3) es una comunidad que sólo puede ser completa con la inclusión de todos y en una relación armónica y responsable con toda la creación. Por el contrario, los imperios se consideran completos en su poder, y por lo tanto se enfrentan también a Dios. Jesús es crucificado porque desafía no sólo al Imperio Romano y a sus aliados locales, sino al espíritu de los Imperios, por la creación de un nuevo pueblo (una nueva creación en Cristo, en palabras de Pablo).

Los textos bíblicos se produjeron, al menos la gran mayoría, si no todos, en situaciones de dominación extranjera. El Antiguo Testamento alcanzó su forma actual, tanto en su versión hebrea y luego la traducción al arameo (targumin) y griego (LXX), bajo el gobierno de Persia o la expansión helenística hacia Oriente. Tenemos incrustados estratos más antiguos, que podrían provenir de fuentes más antiguas, en la forma canónica final. Ese podría ser el caso de partes de los llamados profetas preexílicos, extractos de los Pentateucos, algunos Salmos o sagas históricas. Pero, cuando examinamos esas piezas, también encontramos en la mayoría de ellas una aguda conciencia de la presencia y la influencia de las potencias extranjeras, de la amenaza y la tentación representadas por las fuerzas circundantes, en la cultura, la política, la economía e incluso la religión del pueblo de Israel.

El hecho de que la composición final se haga y se declare canónica bajo dominaciones imperiales no debe pasarse por alto. La selección, el orden y la forma en que los textos de las Escrituras se muestran bajo nuestros ojos también son indicativos de una cierta comprensión del mundo, no están vacíos de importancia ideológica y teológica. De hecho, uno de los problemas e insuficiencia de los métodos histórico-críticos es que se fracciona el texto, separando y clasificando según la antigüedad, el origen, el estilo y similares, ocultando así el sentido de la composición final cuando se toma en su totalidad. El ejemplo de Babel, que mencionaré más adelante, es indicativo de esto.

Este es también el caso del Nuevo Testamento. Todos los "libros" incluidos en su forma canónica -y esto también es válido para los apócrifos- fueron escritos y recopilados bajo el Imperio Romano. El escenario imperial está siempre presente, en algunos casos explícitamente, en otros implícito. Tomar los textos en su significado teológico abstracto nos ha privado de considerar cómo juegan contra el trasfondo del dominio imperial. Cómo formulan su mensaje en contraste con lo que hemos llamado el "espíritu" del Imperio¹. Mi propósito es tratar de mostrar cómo, mientras que la voluntad de Dios es formar un pueblo -la nación israelita en la Escritura hebrea y un "pueblo de pueblos" en el Nuevo Testamento- y renovar toda la creación, los Imperios tienden a destruir a los pueblos, a someter y dominar, a abusar de la naturaleza hasta su agotamiento total.

¹ Sobre esto hemos expuesto largamente en el libro que escribimos junto a J. Rieger y J. M. Sung, *Más allá del espíritu imperial* (Buenos Aires: La Aurora, 2011)

Babel, el primer imperio contra los pueblos²

Por lo general la historia de Babel, en Gen 11:1-9 ha sido leída como una historia separada, fuera del contexto de la secuencia que la antecede y los textos que la continúan. Ha sido relacionada con la arrogancia de la raza humana. La diversidad de pueblos y lenguas, en consecuencia, se entendía como el castigo de Dios. Pero cuando se lee en la secuencia de la creación de los diferentes pueblos, en las genealogías que atraviesan todos los capítulos 10 y 11, se vislumbra otro significado. En resumen, hay que señalar:

- La construcción de Babel ya se menciona en Gén 10: 8-12, junto con Nínive y otras grandes ciudades, que constituían los enemigos históricos de Israel. También se indica la ubicación, en Shinar, en el primer caso, y Asiria en el segundo, con el fin de asegurar la correcta identificación de las ciudades y su significado. Cualquier israelita que leyera o oía esos nombres sabía a qué y quiénes se referían.
- La construcción de estas ciudades se atribuye a Nimrod, un gran cazador, un guerrero experto en el uso de armas, y el primero en hacerse grande frente a Dios. Es decir, este nombre es representativo de la violencia, el poder y el orgullo. De hecho, es la primera vez que se menciona la idea de un reino (como una organización basada en el poder de un rey). Nimrod también está relacionado con Mizraim, Egipto, el otro gran enemigo de la libertad israelita.
- A lo largo del capítulo 10 se describe la diversidad de territorios, idiomas, familias y formas de vida, de organización, y hay un reconocimiento explícito de esa diversidad al final del nombramiento de cada grupo étnico (vv. 5; 20; 31-32). La explicación de la diversidad en este caso no es el castigo, sino la variedad de familias debido a las diferentes tierras que ocupan y a los grupos étnicos que integran.
- Los constructores de Babel quieren "hacerse un nombre", es decir, imponer su identidad a los demás.
- La ciudad y la torre representan la fuerza económica y militar. También avanzan en sus conocimientos técnicos, construyendo ladrillos y usando betún, y con eso pretenden conquistar los cielos (hacerse un lugar en el lugar de Dios -recordemos que Nimrod es "hombre poderoso de frente a Dios").
- La intervención de Dios no se considera un castigo (esa palabra, o cualquier otra similar, no aparece), sino un acto liberador para impedir el proyecto de dominio. Permite la pluralidad de lenguas y la ocupación autónoma de los territorios por los diferentes grupos. Es un acto divino que afirma la pluralidad, que ha sido puesta en cuestión por quienes deciden "hacerse un nombre". Esa pluralidad ha sido afirmada al finalizar el capítulo 10, y es reafirmada por la intervención divina tras el episodio de Babel.

² El enfoque exegético que presento aquí es un resumen de un artículo hermenéutico más extenso, publicado originalmente como "Comparative Bible Study. Genesis 10-11: An Approach from Argentina" in P. Wickeri (ed.), *Scripture, Community and Mission: A Festschrift in Honor of D. Preman Niles*. Hong Kong: The Christian Conference of Asia and the Council for World Mission, 2002, p. 152-155. En castellano fue publicado como "Un acercamiento a Génesis 10-11 en diálogo con el pueblo Qom". En *Vida y Pensamiento*, San José, Costa Rica, 2002. Próximamente estará también en <https://nestormiguez.com>

La historia de Babel se inserta cortando las genealogías que apuntan a la formación de la familia abrahámica. Esto no es algo que podamos pasar por alto como una simple cuestión de una incidencia redaccional. ¿Por qué se pone allí? No puede ser sólo una coincidencia que la historia de la fundación de Babel y su ambición sea narrada como un signo de poder, dominio y orgullo, (cuando ya había sido mencionada antes) en medio del elenco de otros pueblos. Interrumpe el desarrollo lineal de la enumeración del origen de los diferentes pueblos a través de las genealogías con un relato de otra naturaleza. Señala, en mi opinión, el contraste entre la formación de una descendencia, que culmina con el llamado a Abram a formar un pueblo nuevo, pueblo de Dios, y la propuesta de un reino que quiere reemplazar a Dios, ocupando su lugar celestial. Babel será Babilonia, y este relato tomó su forma definitiva probablemente durante el tiempo del dominio de esa ciudad-imperio.

Pueblo y poder, una tensión permanente

Toda la historia israelita, según es narrada en los libros del Antiguo Testamento, se puede leer como momentos diferentes en la tensión entre pueblo y poder. Hay un proyecto, una visión, un mandato, confiado por Dios a Abraham y a sus descendientes, para construir un pueblo que sea bendición también para otros pueblos. Sin embargo, en esa tarea, una y otra vez el proyecto es cuestionado por otro, como si ambos fueran uno: adquirir poder. Sin embargo, la historia demostró que no son compatibles: crear un pueblo es incluir a todos, establecer justicia, compartir recursos, proponer una visión conjunta, caminar hacia un objetivo común. Pero la narrativa que nos lleva a través del camino de Israel, desde el principio de su tiempo como nación libre, nos habla de conflictos y exclusión, injusticia y corrupción, la acumulación y la opresión de los pobres, el abandono de la Alianza con Dios. Una lectura atenta de los libros de Samuel y Reyes nos mostrará esas permanentes tensiones. Lo mismo ocurre con los profetas. Y todo esto ocurre debido a la búsqueda de poder interno o internacional.

En ese mismo sentido, la necesidad de construir una identidad, por un lado, se hace frente a los demás marcando la diferencia y por lo tanto imponerla al resto, y, por otro lado, formar una identidad con los demás, reconociéndose como parte de un proyecto más amplio, que incluya a todos los pueblos. Esto último saldrá a la luz especialmente en el Nuevo Testamento con Pablo, aunque algunas líneas se pueden ver en los capítulos finales del libro de Isaías (en clara oposición a Nehemías, por ejemplo). Pero mientras tanto, creció la ideología imperial. Sin tratar de abarcar todo el asunto en un resumen tan breve, permítanme señalar algunos puntos destacados en el recorrido del Antiguo Testamento:

- El pedido de un rey para Israel (1Sam 7-8) es abandonar una forma de gobierno por parte del pueblo a través del consejo tribal (junto con los jueces). Quieren ser "como las otras naciones", renunciando así a la particularidad del gobierno de Dios. No es sólo una decisión por una forma de gobierno: también es un proyecto que incluye un aspecto belicoso, porque "nuestro rey puede gobernarnos y salir frente a nosotros y luchar en nuestras batallas" (1Sam 8,20). Después de sufrir la opresión de la esclavitud en Egipto, y de enfrentarse a la expansión de los filisteos, Israel aspira a unirse a una política de poder, contagiada por las naciones agresivas que la rodean. El discurso de Samuel en 1Sam 8:11-18 advierte sobre las consecuencias de esa decisión. La historia posterior lo demuestra bien. El pico de la monarquía en Israel,

Salomon, es también el pico de la brecha entre el poder y el pueblo, y también la clara introducción de cultos idólatras.

- La voluntad de poder de frente al pueblo es clara en el reinado de Salomon (la creación de impuestos al conjunto poblacional y la leva laboral para construir el palacio y el templo). Pero es aún más evidente en el episodio posterior a la muerte de Salomon, que trajo el cisma israelita. La excesiva lujuria por el poder y las riquezas, a través de los impuestos, rompe a la nación, separa al pueblo. La narración del trato de ambos reinos, Norte y Sur, muestra una y otra vez la confrontación de la búsqueda del poder de los tronos y la humillación del pueblo. Los primeros profetas constituyen esta tensión como parte de su mensaje, haciendo explícito cómo contradice la voluntad de Dios. Dejan claro cómo esa política de poder introduce la injusticia y la pobreza en la tierra y, finalmente, causará la ruina de Israel y Judá.
- Podemos ver este conflicto una vez más en el retorno del exilio. Es ahora la élite que regresa, aliada con la monarquía persa, que impone su fuerza sobre el pueblo que permanecía en la tierra, el *ham h'aretz*. El libro de Nehemías es un claro testimonio de cómo la ambición de la élite empobreció al pueblo local (capítulo 5). La exclusión de la gente de la tierra de la reconstrucción de Jerusalén y el Templo, y la orden de expulsar a los cónyuges que no eran judíos, es parte de un proyecto de poder de la élite. El sufrimiento fue impuesto a las familias pobres, a las mujeres extranjeras y sus hijos (según Nehemías, Moisés se habría visto obligado a divorciarse). Así se vio comprometida la posibilidad de la reconciliación del pueblo y sus dirigentes. Las consecuencias se pueden ver en los conflictos dentro de la nación israelita aún en los tiempos del Nuevo Testamento.
- Más allá de la época de los profetas, también los Macabeos muestran la ruptura de la élite, aliada con las fuerzas imperiales del helenismo, con el pueblo y la cultura y religión judía. Al final de ese período vemos de nuevo que aquellos que se rebelaron contra esta alianza espuria terminan de hacer exactamente lo que habían rechazado. Dentro de esa primera generación podemos observar cuán rápido lo que se inició como una protesta contra los poderes culminó mezclándose en los juegos de poder de la política internacional, permitiendo a las potencias extranjeras decidir sobre las cuestiones internas. Finalmente, serían los romanos los que pusieron fin a la búsqueda del poder de los diferentes partidos formados durante ese tiempo, ajenos a las necesidades del pueblo común, de la gente de la tierra.

Jesús del pueblo y el Imperio Romano

La lucha del Imperio y el pueblo también puede ser tomada como una clave hermenéutica para entender ciertos aspectos del ministerio de Jesús. Si tomamos la historia evangélica basada en al menos un mínimo de hechos históricos posibles, podemos formular un esquema de lo que sucedió en los siguientes términos:

- Un liderazgo carismático de un profeta rural emergió en Galilea durante la época de Tiberio, en continuidad con otro líder del mismo tipo (Juan el bautizador). Es un artesano rural, llamado Jesús, criado entre la gente sencilla de la región. Sus primeros seguidores son de los mismos estratos sociales. Una multitud se acumula alrededor de este líder, atento a sus enseñanzas, creyendo que tiene el poder de curar, alimentar, bendecir, perdonar pecados y transformar vidas. Las élites locales perciben a este hombre como una amenaza y se oponen a él, tratando de desacreditarlo.

Sin embargo, es capaz de derrotarlos en su dialéctica, ganando más fama. Los pobres, los discapacitados, los excluidos, los oprimidos por las potencias local e imperial encuentran en él un campeón de su causa y lo siguen.

- Este profeta campesino aprovecha la oportunidad para enseñar acerca de una nueva forma de relaciones humanas, de un nuevo pueblo llamado "el Reino de Dios", y anuncia el fin de todo sufrimiento, aunque alguna persecución podría venir mientras tanto. Expresa su voluntad de poner su propia vida en riesgo con ese fin, y llama a otros a unirse a él de esa manera. En ese sentido, es consciente de que los poderes gobernantes intentarán contra su vida.
- Después de algún tiempo comienza su viaje hacia la capital de Judea, Jerusalén. Llega a la ciudad durante la gran reunión del año, relacionada con la celebración de la liberación del pueblo israelita, y en los tiempos de la presencia de las autoridades y soldados imperiales. Es proclamado rey por la multitud, apelando a títulos mesiánicos, con el grito de "¡sálvanos ahora!" (*hosanna*). Jesús desafía a las autoridades locales y agrede el comercio del templo. Gana popularidad entre los peregrinos que abarrotaban la ciudad, que constituyen un escudo para él mientras predica y enseña frente al Templo. Sus palabras atacan claramente la praxis social y política de los partidos gobernantes, particularmente la forma en que explotan a los pobres, a las viudas, a los desposeídos, con quienes se identifica. También desafía la ideología imperial negando la divinidad del Emperador ("Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios").
- Las fuerzas políticas, económicas y religiosas de la ciudad lo secuestran durante la noche del día de la celebración principal. Se valen de una traición de entre el propio grupo de Jesús y cuando la multitud se ha retirado a descansar. Mientras las puertas de la ciudad aún están cerradas lo juzgan y lo condenan; con la aquiescencia del legado imperial es ejecutado al modo que los romanos imponían a esclavos rebeldes o insurrectos políticos (crucifixión) a primera hora de la mañana. La gente común y sus discípulos, y especialmente las mujeres, asisten sin poder hacer nada y la multitud lo llora a lo lejos.
- La voz que ha resucitado se extiende entre el pueblo, de tal manera que muchos creen que esto es posible, y se reúnen alrededor de sus discípulos. De una manera inesperada el grupo inicial crece por miles, no sólo entre los seguidores anteriores, sino también de otros pueblos. Creen que el espíritu de Jesús mora entre ellos, y con renovada fuerza se enfrentan a las autoridades locales, desafían la prohibición de hablar de Jesús y constituyen una nueva hermandad, basada en el compartir, la inclusión y el apoyo mutuo. Reafirman su confianza en el glorioso regreso de su salvador como rey universal y a sí mismos como el nuevo pueblo de Dios.

A través de este bosquejo se pueden ver dos fuerzas opuestas: una, tratando de construir un nuevo tipo de relaciones basadas en la mutualidad, anunciando el "reino de Dios y su justicia", y proclamando el amor como el mandamiento central. El otro establece brechas entre el pueblo, separando entre puros e impuros, capaces e inhabiles, ricos y pobres, teniendo la exclusión como su brazo principal, e imponiendo su poder para juzgar y matar. El primero propone el poder del amor; el segundo encarna el espíritu del imperio: el amor por el poder.

Pablo: un pueblo universal frente a un imperio global

A medida que se difunde este mensaje, un converso tardío, Pablo, ve la dimensión universal del Evangelio mesiánico. Pablo, nacido en el entorno israelita de la diáspora y también atravesado por

la cultura helenística, y por lo tanto más consciente de la dimensión global del Imperio Romano, concibe que el pueblo de Dios sólo puede ser un pueblo de pueblos. Entiende el mensaje mesiánico no como la redención de Israel, sino como la formación de un nuevo pueblo, reunidos de los nadie de todos los pueblos anteriores (1Co 1:25-31). Cita al profeta Oseas para afirmar que un nuevo pueblo está formado por los “no pueblo” (Ro 9:25-26, Os 1:10 y 2:23).

El ministerio de Pablo entre las naciones (*ethne*) tiene como objetivo extender la acción redentora del mesías de Dios más allá de los límites de un solo pueblo. Es una nueva presencia de Dios, que trae ahora, no una ley de particularidades –como ocurrió con Moisés-- , sino una gracia de inclusión. Su conciencia del poder destructivo del Imperio se hace evidente en el primer capítulo de la carta que envía al corazón del Imperio, conocida como “Carta a los romanos”, al representar la ira de Dios contra aquellos que “suprimen la verdad a través de la injusticia” y “adoran a la criatura en lugar del Creador”. Para superar esta aniquilación de la humanidad es necesario superar la ley como dispositivo de poder, y establecer un nuevo tipo de justicia, diseñada por Dios en Cristo: la justicia de la gracia. La gracia crea la posibilidad de la inclusión universal, mientras que la justicia de la ley crea la posibilidad de la condenación universal.

La universalidad del nuevo pueblo de Dios es vista por Pablo como el comienzo de una nueva creación (2Co 5:17; Gal 6:15), de una nueva condición humana. La corrupción de la antigua creación, sus divisiones y su búsqueda inútil de poder deben ser apartadas. La resurrección del Mesías es el signo de un nuevo comienzo que permite la esperanza de los desesperados, para la liberación de todos los hijos de Dios (Ro 8, 18-25). El nuevo pueblo de Dios es el testimonio de la presencia del Espíritu de Dios (“porque tenemos los primeros frutos del Espíritu”). El espíritu del imperio (gobernantes, poder, espada y muerte) puede desafiar el amor de Dios, pero será incapaz de derrotarlo (Ro 8, 37-39).

Esa certeza se transforma en la esperanza que sostiene esa comunidad, germen del pueblo de pueblos, aún en la persecución. En el último libro del canon bíblico, el Apocalipsis, se vuelve a poner en evidencia esta contradicción, entre el imperio, presentado en imágenes de monstruos, dragones, bestias, aliado de ambiciosos y corruptos, y el pueblo sufriente, testigo del Cordero que el mismo imperio ha sacrificado. Sin embargo, aguarda la renovación de toda la creación, una nueva vida sin lamento, dolor ni muerte, y un Dios que vive en medio de su pueblo.